00014

# LAS GRANDES VIRTUDES

PRINTED IN SPAIN

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

R 84930

# LAS GRANDES VIRTUDES

## CUENTOS PARA LOS NIÑOS

POR

AMALIA DOMINGO SOLER

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

# A los niños

*¡Qué hermosos son los niños...!*
*Son mi embeleso;*
*cuando los niños besan*
*Dios nos da besos;*
*porque, los niños,*
*son el raudal precioso*
*de su cariño.*

*Cuando los niños miran,*
*hablan sus ojos;*
*cuando la risa pliega*
*sus labios rojos,*
*¡cuánta alegría!*
*¡La risa de los niños*
*es luz del día...!*

© Biblioteca Nacional de España

*¡Ya pueden venir penas*
*y sinsabores;*
*ya pueden aplastarnos*
*grandes dolores:*
*si un niño grita,*
*y va pidiendo besos*
*con su boquita,*

*se olvidan los pesares,*
*los desengaños,*
*pierde su imperio el tiempo,*
*huyen los años...!*
*¡Todo es el niño!*
*¡Todo las efusiones*
*de su cariño!*

*¡Niños del alma mía!*
*¡Niños benditos...!*
*¡Flores de los vergeles*
*del infinito!*
*¡Sois mi embeleso;*
*venid y dadme vida*
*con vuestros besos...!*

AMALIA DOMINGO SOLER

© Biblioteca Nacional de España

# LA MODESTIA

—¡Ay, mamá! ¿Cuándo nos volvemos a Barcelona?

—¡Muchacho! ¿Estás en tu juicio? ¿Acabamos de llegar, como quien dice, y ya te quieres volver?

—Es que estoy muy aburrido, y como el director del colegio y el médico le dijeron a papá que no me dejaran coger un libro, ni Dios entra en la biblioteca; la tiene cerrada a cal y canto, y no sé qué hacer; acostumbrado como estoy a leer de noche y de día, me aburro soberanamente.

—Pues, mira; si sigues mis consejos y mis instrucciones no te aburrirás; desde mañana comenzaremos la nueva vida.

—¿Y qué haremos, mamá? ¿Qué haremos?

—Nos levantaremos muy temprano, tan temprano que aun veremos las estrellas.

© Biblioteca Nacional de España

—Ya no me gusta el principio.

—¿Qué sabes tú, muñeco?

—Yo lo que sé es que me gusta mucho dormir por la mañana.

—Pues, al campo no se viene a dormir; se viene a madrugar para ver la salida del sol.

—Pero, si es siempre lo mismo; con una vez que la veamos al año basta.

—¿Qué sabes tú, muchacho? Escucha y calla.

—Bueno, pues quedamos en que nos levantaremos con estrellas, como si tuviéramos que ir con las burras de leche a Barcelona. ¿Y qué más?

—¿Qué más? Que nos beberemos un buen vaso de leche que tú mismo ordeñarás de la vaca negra, aquélla que te gusta a ti tanto.

—¡Ah, sí! Ya lo creo que me gusta; juego con ella como si fuera otro chiquillo como yo. ¿Y qué haremos después?

—¿Después? Prepararemos el primer almuerzo: unas buenas lonjas de jamón, medio pan tierno y calentito, una botellita de vino, y la fruta ya la cogeremos de los perales, de los melocotoneros, de los manzanos, de los ciruelos, de las parras o de las viñas; pasearemos por los bosques, subiremos cada día a la cumbre de una montaña, y descansaremos junto a la fuente que más nos agrade, y después de pasear y de admirar los innumerables encantos de la naturaleza, ya que no puedes leer, yo te contaré cada día una historia, un episodio interesante, un hecho sensacional de los que

© Biblioteca Nacional de España

guarda mi memoria, porque aquí donde me ves, tan a la buena de Dios, como tú dices, yo no he sabido mecer la cuna de mis hijos sin tener un libro ante mis ojos; no es extraño que seas tan aficionado a la lectura, porque yo, cuando tu padre está de viaje, tomo el chocolate leyendo; si no, no puedo tragar bocado.

—Me gusta el plan expuesto; y tanto me gusta, que no quiero esperar a mañana para dar comienzo a ponerlo en práctica, y aunque hoy no nos hemos levantado con estrellas, ni hemos correteado por el campo, aquí, en este rinconcito del jardín, bajo este toldo de madreselva, me contarás la primera historia.

—No, hijo mío; empezaremos mañana.

—No, no; dice el director del colegio que la cera que va por delante es la que alumbra. ¡Mañana! ¡Quién sabe si viviremos mañana!

—Calla, hijo mío; no digas eso ni en broma.

—Pues, si no quieres que lo repita, empieza el cuento, es decir, no quiero que me cuentes *cuentos;* quiero relatos verídicos, pues dice el director del colegio que las novelas no hacen más que embrollar los entendimientos.

—Descuida, chiquillo, descuida; yo tampoco quiero contar novelas, aunque bien considerado, ¿qué es la vida? Una novela de folletín, que vamos escribiendo cada uno por su cuenta, y que al entregarnos por la noche al sueño, decimos al cerrar los ojos: *Se continuará.*

© Biblioteca Nacional de España

—Tienes razón, mamá; pero no te vayas escapando con tus reflexiones, yo quiero la primera historia.

—¡Ay! Bien dicen que a «chiquillos y a santos, no prometas que no cumplas».

—Justo, justo, lo prometido es deuda; sentémonos muy juntitos el uno al otro, para que no se me escape ninguna de tus palabras; comienza, pues.

—Pues, mira, leí hace poco tiempo un episodio histórico que me llamó mucho la atención, por más que estaba escrito en forma de cuento.

—¿En forma de cuento? Pues, ¿cómo empezaba?

—Empezaba diciendo así: «*Era una vez un rey,* a quien al llegar su mayor edad, le dijeron el regente del reino y sus consejeros, que tenía que tomar estado para asegurar la posesión de su trono, contando con que Dios le daría frutos de bendición en su matrimonio; y el joven rey, que no era tartamudo ni escaso de inteligencia, les contestó lo siguiente: «Bueno, está bien; yo estoy conforme en contraer matrimonio, pero no me quiero casar por razón de Estado; me quiero casar como se casan los pobres, por amor; quiero estar enamorado de mi esposa; tanto me da que sea de estirpe real, como una pobre plebeya; lo que yo quiero es que me guste y que ella me ame y me comprenda; así, pues, quiero que se celebren tres concursos: el primero de mujeres hermosas, el segundo de mujeres sabias y el tercero de mujeres

© Biblioteca Nacional de España

buenas, y entre tantas mujeres reunidas, miraré a ver si encuentro mi *media naranja*.»

»El regente y los ministros, aunque no de muy buen grado, trataron de complacer al rey; se ofrecieron valiosísimos premios, y en corto plazo se consiguió reunir lo que el rey deseaba: un gran número de mujeres encantadoras, las unas por su belleza, las otras por su talento y esotras por sus virtudes.

»Llegó el día señalado y se llenaron los salones del palacio del rey de mujeres bonitas, sabias y buenas; el rey *mariposeó* entre todas ellas, dirigiéndoles las más dulces palabras, los cumplidos más ingeniosos y las más sentidas salutaciones, a las unas por su belleza, a las otras por su talento y a esotras por su bondad y su piedad evangélicas.

»Todas fueron obsequiadas, las unas con ricas joyas, las otras con libros de gran valía, y las que descollaban por su amor a los pobres, recibieron grandes bolsas de seda llenas de monedas de oro para los necesitados.

»Todas se fueron muy contentas de la amabilidad del joven monarca; pero éste se quedó muy desilusionado, muy descontento de todas ellas, y cuando sus ministros le preguntaron qué le había parecido aquel enjambre de mujeres notables, dijo con marcado desabrimiento: «Entre las mujeres bonitas las hay verdaderamente seductoras; pero... todas ellas tienen la cabeza vacía. ¿No sabéis lo que se cuenta del encargo que hizo Dios a San Pedro?

© Biblioteca Nacional de España

—No, señor; lo ignoramos—contestaron los ministros. —Pues escuchad; cuenta la historia que Dios le dijo a San Pedro: «Mira, prepara dos calderos enormes, y los llenas, el uno de sesos y el otro de sopas, y en cada caldero pones un buen cucharón, y conforme yo te vaya mandando niños y niñas con la cabeza abierta, tú vas echando en cada una de ellas una cucharada de sesos y otra de sopa, y de ese modo se llenará la tierra de medianías y vivirán felices los terrenales, porque no serán ni tontos ni sabios.» San Pedro le dijo a Dios que estuviera tranquilo, que cumpliría fielmente sus órdenes; pero el bueno de San Pedro, como era tan viejo, a lo mejor se equivocaba y echaba en una cabeza dos cucharadas de sopas y en otra dos de sesos, y claro está, al que no le echaron más que sopas, careció toda su vida de sesos... Pues así están las mujeres bonitas que han acudido al concurso de la belleza; son hermosas cabezas, pero sin sesos; en cuanto a las sabias, son el orgullo andando y no se puede ir con ellas a ninguna parte, y respecto a las mujeres piadosas, serán muy buenas para asistir a los enfermos; pero... ninguna de ellas me ha gustado; yo busco otra cosa en la mujer y ya me ingeniaré para encontrarlo. Por lo pronto, quiero entrar de jardinero en un convento de monjas donde haya educandas; iré bien disfrazado, me taparé un ojo con una venda negra, y sólo el capellán del convento sabrá quién soy, y así de ese

© Biblioteca Nacional de España

»—¿Y a ti, quién te da vela en este entierro? ¡Si la superiora te viera...!

*Pág. 16*

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

modo, cuando las educandas jueguen en el jardín, escucharé sus conversaciones, a ver si allí encuentro lo que hasta ahora no he podido encontrar.»

»Y dicho y hecho; el rey se disfrazó y entró de jardinero en un convento donde se educaban la mayor parte de las niñas nobles que había en la corte; allí permaneció varios días, hasta que una tarde que arrancaba hierba en un parterre del jardín, vió a dos muchachas de unos veinte años que entraron en un cenador y se sentaron a descansar; la una era muy bonita y se llamaba María, la otra no era ni fea ni bella y se llamaba Luisa; las dos comenzaron a hablar muy alto, sin cuidarse del jardinero, que era todo oídos para no perder ni una palabra del diálogo de las dos jóvenes. María, que hablaba más que siete, le dijo a Luisa:

»—¿Has visto qué chasco se han llevado las que se presentaron en palacio?

»—Sí, ya lo sé; parece que el rey les dió calabazas a todas ellas, y les está bien empleado por presuntuosas.

»—Pues, mira, tu hermana está entre ellas.

»—Ya lo sé, y bastante lo sentí que fuera.

»—Pero, oye, ¿tú te figuras que todas son tan tontas como tú, que te parece que estorbas en todas partes? Todos los extremos son viciosos.

»—No exageres, María, no exageres; pero yo pienso que es mucha petulancia creerse muy bella, o muy sabia, o muy buena; perfecto no hay nadie

© Biblioteca Nacional de España

en este mundo, y necio es el que se crea superior a los demás.

»—¡Bah! ¡Bah! Ya está bien puesto el mote que llevas encima.

»—¡Sí, sí; ya sé que me dicen por mal nombre *Santa modestia!*

»—¿Por mal nombre?—dijo el jardinero entrando en el cenador.

»Las dos muchachas le miraron y se echaron a reir, diciéndole María:

»—¿Y a ti, quién te da vela en este entierro? ¡Si la superiora te viera...!

»—¡Ya me voy, ya me voy; buenas tardes, *Santa modestia!*

»Y el rey salió del cenador, más contento que Colón cuando divisó el mundo soñado y pudo decir: «¡Tierra!»

»Un mes después se casó el rey con *Santa modestia,* diciendo a sus ministros:

»—Ya encontré lo que buscaba; ya encontré una mujer verdaderamente modesta. ¡Cuántas gracias tengo que darle a Dios...!»

—¡Ay, mamá, qué rey tan sabio! Pues, mira, cuando yo sea hombre buscaré una mujer como *Santa modestia.*

—Búscala como es tu madre—dijo el padre acariciando al niño—. Sin que vosotros me vierais, he estado escuchando cuanto habéis hablado. Yo, sin ser rey, también me ingenié a mi manera para

© Biblioteca Nacional de España

hallar una mujer sencilla y buena, sin pretensiones de ser hermosa, ni de ser sabia, ni de ser piadosa..., y como no tenía pretensiones de nada, reunía todas las virtudes.

El niño abrazó a su madre, diciéndole:

—¡Qué buen principio hemos tenido! Me ha gustado muchísimo la historia que me has contado. Mañana nos levantaremos con estrellas, beberemos leche, almorzaremos en el bosque y luego, ¿qué me contarás?

—Lo que se consigue con *la tolerancia.*



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

# La tolerancia

—¡Ay, madre! ¡Qué mañana tan hermosa...! Ya tenías tú razón que en el campo se debe madrugar para disfrutar de los encantos que tiene la naturaleza.

—Me alegro que te convenzas, hijo mío, de que es una ingratitud no levantarse temprano para admirar la grandeza de Dios, porque lo que es la salida del sol, aunque todos los días es lo mismo, como tú me decías ayer, no por eso deja de ser menos admirable la vida que difunde con su luz, con su calor; parece que el sol dice a la humanidad: ¡Buenos días! ¡Buenos días! Ya estoy entre vosotros.

—Sí, mamá, sí; tienes muchísima razón. ¡Estoy

© Biblioteca Nacional de España

contentísimo de haber venido; qué bien hemos almorzado! Pero ahora falta lo mejor; falta la historia.

—Es muy tarde ya; nos hemos entretenido demasiado en la fuente y tu padre nos estará esperando.

—No, no nos estará esperando, porque él me dijo que nos vendría a buscar al bosque después de despedir a mi tío; no te escapas, no; ayer me dijiste que hablarías sobre la tolerancia; pues, comienza con ser tolerante con mi exigente impaciencia.

—¿Y por qué no comienzas tú con tolerar una prórroga esperando hasta mañana? Hoy estoy muy cansada; hemos andado mucho.

—No, no; no transijo; estoy en ascuas por saber qué es lo que puede conseguir *la tolerancia*.

—Dices, ¿qué es lo que puede conseguir? Todo se consigue sabiendo tolerar; sentémonos, pues, y escucha: ¿Te acuerdas de doña Margarita?

—¿La señora que vive en el piso cuarto de nuestra casa?

—Sí, la misma; ¿qué te parece dicha señora?

—Yo creo que es una santa; hasta la portera habla bien de ella, que es cuanto se puede decir.

—¿Y qué te parece a ti? ¿Es feliz, o desgraciada?

—Yo creo que es muy feliz, porque su esposo, si le preguntan quién es Dios, contesta que es su mujer; yo cuando subo a jugar con su sobrino

© Biblioteca Nacional de España

Arturo, siempre los veo hablando amigablemente, como hablas tú con papá.

—Pues, mira; toda esa felicidad es obra de ella, porque antes era doña Margarita la mujer más desgraciada de la tierra.

—¿Con este mismo marido?

—Sí, con éste, pues no ha tenido ningún otro; se casó muy joven, casi una niña, y ha sufrido diez años de martirio.

—¡Diez años...!

—Sí, diez años; y para que veas lo que se puede conseguir con la tolerancia, escúchame con atención.

—¡Ya lo creo que te escucharé, porque has de saber que, después de ti y de mi papá, quizá sea doña Margarita la persona que yo más quiero en este mundo, porque es tan buena! ¡Si vieras lo que quiere a Arturo! Nunca le dice a su tío si no se sabe la lección, ni si mancha las planas, ni si pierde los libros, todo se lo dispensa; mira, tú no harías más por mí de lo que ella hace por el sobrino de su marido.

—Lo creo; está acostumbrada a ser un ángel de paz y de amor. Como te decía, al salir del colegio, su madrastra la casó en seguida para quitarse quebraderos de cabeza, y Margarita, al vestirse de largo, fué para ponerse el traje de desposada y ceñir a sus sienes la corona de azahar.

»Se casó con un joven muy rico, acostumbrado a satisfacer todos sus antojos, porque, no teniendo

© Biblioteca Nacional de España

madre, su padre lo entregó a un sacerdote, que le servía de mentor, y maestro y discípulo llevaban una vida asaz desarreglada... Margarita, después de pasar con su esposo una semana en el campo, regresó a la ciudad muy desilusionada de su marido, porque conoció, aunque tarde, que iba a ser muy infeliz; pero convencida de que su mal ya no tenía remedio, pues no tenía dónde volver los ojos, y animada al mismo tiempo por una esperanza muy consoladora, se propuso tolerar los innumerables defectos de su esposo, a ver si conseguía volver al redil a la oveja descarriada, que por cierto, no tenía el diablo por dónde desecharlo, porque le dominaban todos los vicios; pero Margarita, con una paciencia de santa, nunca le reconvenía por sus innumerables desaciertos, y ninguna noche se acostaba hasta venir su esposo, que por regla general se iba a casa cuando clareaba el alba, y como tenía la costumbre de comer algo antes de acostarse, ella le tenía la mesa puesta y todo muy bien preparado, acompañándole mientras él comía.

»El solía decirle: «No seas tonta, mujer, acuéstate, no te mortifiques tanto; si piensas que voy a cambiar de conducta por tus desvelos, te llevas chasco; yo no puedo hacer otra vida; desde niño me he recogido a la madrugada y seguiré así hasta que me muera.»

»Ella se sonreía y le aseguraba que no se mortificaba esperándole, y él se encogía de hombros

© Biblioteca Nacional de España

...yo te prometo, ante el cadáver de mi padre, ser tu esclavo...

*Pág. 27*

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

y seguía trasnochando, y lo que es peor aún, perdiendo en el juego su inmensa fortuna y el gran dote que llevó Margarita, llegando el caso de tener que despedir a la servidumbre, cambiar de casa y contentarse con vivir en un piso cuarto los que estaban acostumbrados a vivir en un palacio y a tener carruajes y caballos hermosos que llamaban la atención y ganaban premios en las carreras. Mas no por tantos contratiempos cambió de proceder el marido de Margarita; siguió jugando y perdiendo; su carácter se agrió extraordinariamente, y estar a su lado era estar en el infierno; pero Margarita no se daba por entendida con su esposo de lo que sufría, siempre le esperaba sonriente; lo único que hacía era que, en lugar de esperarle leyendo, le esperaba cosiendo o bordando, para ganar el sustento de los dos, porque llegaron a sentir hambre y sed, y por si esto no fuera bastante, una noche notó Margarita que su esposo estaba más preocupado que de costumbre, y le dijo: «¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Qué te sucede? ¿No sabes que tus penas son mías? Dime lo que te atormenta.»

»—Nada de particular, hasta cierto punto, porque como mi padre me enseñó el camino del juego, él también ha jugado y ha perdido, y hoy me mandó llamar para decirme que mañana pensaba irse al hospital, porque el único criado que le quedaba lo ha abandonado, y solo no puede quedar en el estado en que se encuentra, porque si no lo levantan

© Biblioteca Nacional de España

del sillón o de la cama, él no puede moverse por sí mismo; así es que mañana te cuidas tú de acompañarlo al hospital, porque yo... al fin... es mi padre... y me repugna dar ese paso.

»—Mañana —le dijo Margarita—, iré por tu padre y no lo llevaré al hospital.

»—Pues, ¿a dónde lo quieres llevar?

»—¿A dónde? A casa de su hijo.

»—Pero, mujer, si hay días que ni tenemos pan para nosotros.

»—¿Y eso qué importa? Tu padre morirá en mis brazos, si es que yo no me voy antes; es tu padre, y el padre de mi marido me pertenece.

»—Tanto me da, haz lo que quieras.

»Al día siguiente Margarita empeñó un colchón de su cama para pagar el coche en el cual colocó al padre de su esposo, al que cedió la mejor habitación de su modesta casa, y le cuidó con el mayor cariño, como la hija más amorosa; el anciano quedó paralizado por completo, hasta el alimento había que ponérselo en la boca, y Margarita, lo que nunca había hecho, recurrió a sus antiguas amistades, a las sociedades benéficas, a los sacerdotes más ricos, a todos pidió auxilio para mantener a su padre político; y durante dos años fué una verdadera hermana de la caridad; al fin, el anciano murió en sus brazos, y ayudada del portero de su casa, lo amortajó y lo dejó sobre su lecho, encendiendo cuatro velas; su marido llegó a comer, entró a ver el cadáver, se encogió de

© Biblioteca Nacional de España

hombros y se marchó muy de prisa, y aquella noche Margarita se quedó sola velando al muerto.

»A la madrugada llegó su esposo, como de costumbre, y Margarita le dijo así: «Mira, esta noche no te acompaño mientras cenas, porque no quiero dejar solo a tu padre, ya que es la última noche que lo tenemos aquí.» Y se fué a sentar junto al cadáver. ¿Qué sintió entonces aquel hombre? Miró a su esposa, abriendo desmesuradamente los ojos, miró a su padre y cayó de rodillas ante Margarita llorando como un niño, diciendo entre sollozos: «¡Soy un miserable...! ¡Me avergüenzo de mí mismo...! ¡Diez años de tormento no han vencido el heroísmo de esta mujer! ¡Margarita! ¡Alma superior! ¡Recíbeme en tus brazos, que yo te prometo, ante el cadáver de mi padre, ser tu esclavo; yo besaré el suelo que tú pises, yo no viviré más que para ti, yo trabajaré, yo arrancaré piedras de las canteras para darte el pan de cada día! ¡Margarita! ¡Perdóname...!» Margarita estrechó a su esposo contra su corazón, y los dos juntos besaron al muerto, diciendo Margarita: «¡Padre mío! ¡Qué pronto me has dado la recompensa! Yo ponía el pan del cuerpo en tus labios, y tú me lo has devuelto dándome el pan del alma...»

»Desde aquella noche memorable, Margarita se ha conceptuado feliz; como su esposo estaba tan bien relacionado, pronto encontró colocación en casa de un antiguo amigo de su padre, y los diez

© Biblioteca Nacional de España

años de tormento que sufrió Margarita, tolerando los abusos de su marido, le han sido recompensados con la admiración y el respeto de cuantos la conocen. Su marido ha publicado a son de trompetas todos los sufrimientos que ha soportado su esposa con verdadero heroísmo, con evangélica tolerancia, porque nunca tuvo para él una reconvención, ni una palabra ofensiva ni de doble sentido; siempre le respetó y le consideró sin herir en lo más leve su susceptibilidad. Con su tolerancia se ha conquistado un paraíso; ahora vive Margarita en la gloria. El sobrino de su esposo es para ella un hijo; ya ves, hijo mío, todo lo que se puede hacer con la verdadera tolerancia.»

—Tienes razón, mamá, tienes razón; por algo yo encontraba en doña Margarita una atracción tan inexplicable, y era su virtud la que me atraía.

—Sí, hijo mío, sí; es indudablemente un espíritu superior, porque sólo un alma elevadísima puede devolver bien por mal, como ella ha hecho, sin sentir hacia el causante de sus males la más leve aversión; muy al contrario, sentía por su esposo una compasión inmensa, y mientras él más se hundía, más anhelaba ella levantarle.

—¿Sabes, mamá, que la tolerancia es una gran virtud?

—Para mí, hijo mío, es la madre de todas las virtudes, porque el que tolera, perdona, y el que

© Biblioteca Nacional de España

perdona, olvida las ofensas, y olvidándolas... ¡ama!

—Y mañana, ¿qué me contarás? Ya estoy deseando que llegue mañana.

—Yo también—dijo el padre del niño apareciendo de pronto ante su esposa y su hijo—, y que mañana yo quiero ser también de la partida.

—¡Ay, qué bien, papá, qué bien! Lo que me cuenta mamá me interesa más que todo cuanto he leído hasta ahora.

—Es natural, hijo mío; tu madre habla con el corazón, y el lenguaje del sentimiento es la música del infinito.

—Y dicen que la música domestica a las fieras.

—Eso dicen; conque tú, que eres un hijo muy bueno, mira si te aprovecharán los relatos de tu madre.

—¡Qué feliz soy...! Entre vosotros llegaré a ser grande.

—Sí, hijo mío; es grande todo el que quiere serlo, y procuraremos que lo seas por medio del *amor,* sobre el cual te hablaré mañana.

—¡De este modo, mañana será... la mañana del amor!

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

# EL AMOR

—¡Qué hermosa mañana...! ¡Mamá! ¡Papá! ¿No estáis vestidos todavía?

—Muchacho—le dijo su padre—, tu madre ha pasado muy mala noche, y ahora está descansando; no alborotes.

—¿Y me quedaré sin paseo, sin almuerzo al aire libre y sin historia? Eso no puede ser.

—Vaya si podrá ser; saldrás conmigo; por complacerte, te acompañaré a la fuente que tú quieras, beberemos un buen vaso de agua fresquita, y así se nos aumentará el apetito, y volveremos a casa con más hambre que veinte cesantes juntos; tu madre ya estará levantada y almorzaremos en paz y en gracia de Dios y mañana será otro día.

© Biblioteca Nacional de España

—No me conformo; yo quiero que mamá se levante.

—Eres muy exigente; pues yo no quiero que se levante.

—No os enfadéis; *haya paz entre los príncipes cristianos,* como dicen los predicadores católicos —dijo la señora, saliendo de su alcoba, a medio vestir, y abrazando a su esposo y a su hijo.

—Siempre serás la misma; siempre te dejarás gobernar por este muchacho tan malcriado.

—No te enfades, hombre, no te enfades; ¿a quién mejor puedo complacer que a mi hijo?

—Sí, papá, sí; no te pongas serio conmigo. Anda, mamá, anda; vístete pronto y vámonos por esos campos de Dios.

Poco después salieron los tres y pasearon por el bosque, almorzaron, y junto a una fuente se sentaron muy contentos, en particular el niño, que tan pronto acariciaba a su padre como a su madre, diciendo alegremente: «¡Qué bien se está en el campo! ¡Nunca me pude figurar que no teniendo compañeros de mi edad estuviera tan divertido y me parecieran los días tan cortos, deseando siempre que llegue mañana!»

—Pues, es muy natural lo que te sucede—dijo el padre.

—Ya lo creo—replicó la madre—, como que todo el año estás en el colegio, menos el corto plazo de las vacaciones, no disfrutas de nuestro cariño, que es inmenso.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Y por qué me tenéis en el colegio? Yo, creo, mamá, que aprendo más una hora hablando contigo, que toda una semana hablando con el maestro; y si es con papá, me sucede lo mismo: cuando me habla de historia natural, de geometría, de aritmética y de cuanto me enseñan en el colegio, le entiendo a él mucho mejor que a los profesores.

—Por una temporadita todo marcha bien; pero después los niños tomáis demasiada confianza y se pierde todo lo ganado; los padres no servimos para enseñar.

—Ni las madres tampoco; el amor no es buen maestro.

—¿Qué dices, mamá?

—Lo que oyes.

—Las madres y los padres somos demasiado indulgentes; ¿no ves que somos los que más y mejor queremos en la tierra? Está demostrado que el hombre más rudo y degradado se regenera ante la cuna de su hijo; cuenta, creo que Catalina, que conocía a un borracho incorregible, que vivía en una de las buhardillas de su casa, que diariamente se embriagaba y diariamente daba una paliza a su pobre mujer, que sufría en silencio la brutalidad de su marido. En aquel hogar, *sin fuego*, nació un niño, y el borracho se quedó asombrado mirando a su hijo, sin dejar por esto de apalear a su compañera; mas llegó una noche en ocasión



© Biblioteca Nacional de España

que la pobre mujer tenía al niño dormido en sus brazos, y como estaba tan acostumbrada a los malos tratos de su marido, instintivamente cubrió al pequeñuelo con su delantal y con sus brazos, y le dijo a su esposo: «¿Qué te pasa? Acaba de una vez»; y el borracho, apoyando el dedo índice en sus labios, murmuró: «¡No, no; hoy no quiero pegarte, que se despertaría el niño!»

—¡Ay, qué bonito es eso, mamá...!

—Tienes razón, hijo mío—dijo el padre muy conmovido—. Se quiere a los hijos sobre todas las cosas de este mundo; por eso dice tu madre muy bien: «El padre no es buen maestro.»

—Ni la madre es buena maestra, porque es demasiado indulgente; y si no, Bartrina, que era un espíritu tan desengañado, tan enemigo de *sensiblerías,* mira lo que refiere pintando el amor de una madre.

—¿Qué dice, mamá? ¿Qué dice?

—Que un joven tenía una novia tan celosa y tan exigente, que le dijo un día a su prometido: «Creo que a tu madre la quieres más que a mí, y no me casaré contigo si no matas a tu madre y me traes su corazón»; y el joven, ciego por su pasión loca, mató a su madre, le arrancó el corazón y echó a correr para llevar a su amada el sangriento presente; más en su vertiginosa carrera se cayó y le dijo el corazón de su madre: «¿Te has hecho daño, hijo mío...?»

—¡Ay, mamá! ¡Qué grande es el amor maternal!

© Biblioteca Nacional de España

—¡No, no; hoy no quiero pegarte, que se despertaría el niño.

*Pág. 34*

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

—En la tierra no hay otro que le iguale; el padre educa, el padre instruye, el padre aconseja; ¡la madre ama! Ama incondicionalmente; tanto le da que su hijo sea un santo o un criminal; ella no sabe más que amarle, mejor dicho, sólo quiere amarle; el padre, a veces, si su hijo es un miserable, le delata a la justicia para que ésta le castigue y le haga entrar por vereda y le impida cometer nuevos desaciertos; la madre no delata nunca a su hijo, y madre ha habido que le ha dicho a su hijo: «¡Huye! ¡Sálvate! Dame esa arma homicida y yo apareceré como la única culpable.»

—¿Y ha habido hijo que lo ha consentido?

—Sí; hay hombres que son peores que las fieras.

—¡Ay! ¡Qué desgracia tan grande será el nacer malo!

—Sí, hijo mío; no cabe mayor infortunio.

—Lo que yo no comprendo, es cómo Dios consiente que esos seres tan malos tengan madres tan buenas...

—Porque los enfermos más graves son los que necesitan los mejores médicos, y un criminal es un enfermo gravísimo, es un ciego que no llegaría a ver la luz si no tuviera quién le amara. ¿Te acuerdas el año pasado, cuando estuvimos visitando aquel Penal de mujeres? Tú me dijiste, mirando a una señora que estaba bordando junto a un balcón: «Mamá, ¿cómo está aquí esta señora?

© Biblioteca Nacional de España

¡Si tiene cara de santa!» Y yo te dije: «¡Quién sabe si lo será!»

—Sí, sí que me acuerdo.

—Pues, no te equivocabas en tu juicio; aquella mujer, criada en la opulencia, rodeada de todas las comodidades y de todos los honores, casada, y madre de un libertino, de un desequilibrado, de un malgastador, que mató a disgustos a su padre y arruinó completamente a su madre, coronó su obra robando y matando a un rico banquero, y su madre hizo huir al matador, y con el puñal ensangrentado se presentó al juez, diciendo: «Yo soy la culpable; mi hijo necesitaba oro; yo no tenía ya nada que vender ni que empeñar; quería que él se fuera lejos, muy lejos, para que así no deshonrara el ilustre apellido de su padre, y robé y maté para salvar a mi hijo; él ya está lejos; aquí estoy yo.» La justicia, como es muy natural, se apoderó de ella; la familia del banquero asesinado empleó toda su influencia para conseguir lo que consiguió, que la matadora sufriera la condena de prisión perpetua, y ella entró en la Galera tranquila y serena. Como era tan buena, sus carceleras y sus compañeras decían siempre: «Esta mujer ha mentido; esta mujer no es criminal; no puede ser, es imposible que lo sea.» Y hace más de un mes que cayó enferma, y al médico y al confesor les dijo: «Voy a morir, y no quiero mentir en mis últimos momentos; y además, hago esta confesión porque no sé dónde está mi hijo,

© Biblioteca Nacional de España

y no lo sé, porque le dije: —No me digas nunca dónde estás, no sea que en un momento de delirio pueda perderte; sírvate mi sacrificio de ejemplo para saber hasta dónde llega el heroísmo de una madre»; y murió aquella infeliz, rodeada de sus compañeras, que decían a voz en grito: «¡Era una santa! ¡Era una santa...!»

—Sí que lo fué; ¿y tú qué dices, hijo mío?

—¡Ah, papá de mi alma! Yo pienso en el hijo y no sé qué siento por él.

—Compadécele, hijo mío, compadécele; su madre, si pecó, pecó por amor; es verdad que dejó libre a un criminal; pero, ¡ay!, ese criminal lo había llevado escondido en sus entrañas; había recibido su primera sonrisa, su primera mirada; había escuchado esa frase divina que suena en el oído de las madres más armoniosamente que todos los cantos de los ruiseñores, cuando él le dijo: «¡Mamá! ¡Mamá...!» Había sostenido sus primeros pasos; le había enseñado a rezar; le había preguntado: «¿Dónde está Dios, hijo mío?» Y el niño había extendido su diestra y señalando al cielo había dicho: «¡Allí! ¡Allí...!» Aquella mano, luego, con el transcurso de los años, se había levantado armada de un puñal; mas para su madre no existía el asesino; no existía más que su hijo, aquel niño que tantas veces se había refugiado en sus brazos, ¡y salvó a su hijo...!

—Bien dices, mamá, bien dices, que sólo las madres saben amar.

© Biblioteca Nacional de España

—Sí, hijo mío; en la tierra, madre y amor son sinónimos. «Todo ama en la creación —decía Víctor Hugo—; de tal modo, que, si no existiera el amor, se apagaría el sol.» Y es la verdad; la generalidad no cree que es *amor* más que el lazo que une al hombre y a la mujer, lazo por el cual se crea la familia, y el amor tiene tantas y tantas demostraciones, que éstas son innumerables; ¿acaso pueden contarse las gotas de rocío y los granos de arena que hay en los arenales? No; pues tampoco se pueden contar las manifestaciones del amor, porque todo ama, desde los astros hasta los insectos. Creo que fué Flammarión el que dijo que «la atracción es el amor de los mundos, y el amor es la atracción de las almas».

—¿Y cómo, reinando el amor, los hombres cometen tantos crímenes?

—¿Y acaso sabemos nosotros lo que aumentaría la criminalidad si el amor no reinara en la tierra?

—También tienes razón.

—¿Tú sabes el gran papel que desempeñan las madres en este mundo? Por regla general, los criminales más empedernidos han nacido en medio del arroyo; se han criado en la inclusa; más tarde, en el hospicio; después..., en la calle... Luego, en la cárcel han completado su educación, y en el presidio se han doctorado.

—¡Infelices...! ¡Ay, qué feliz soy yo de haber nacido entre vosotros!

© Biblioteca Nacional de España

Y el niño abrazó a sus padres llorando de alegría.

—Sí, hijo mío, bien puedes llamarte dichoso; tu padre y yo no tenemos otra aspiración que educarte, que instruirte, que hacerte amar todo cuanto te rodea, porque amando serás bueno, y la sabiduría te vendrá por añadidura, como premio a tu amor al prójimo.

—Y mañana, ¿sobre qué hablarás?

—Sobre *la caridad,* que es una hija predilecta del amor.

—¿Y se practica la caridad, mamá?

—Sí, hijo mío; a medias.

—¿A medias?

—Sí, a medias, porque a su sombra se hacen muy malas obras; pero es aquello: «del agua vertida alguna recogida», y «más vale algo que nada».

—Yo quiero que tú me enseñes a ser caritativo de verdad.

—Descuida, de eso se encargará tu padre; ya irás con él a visitar pobres vergonzantes, y allí aprenderás a llorar con los que lloran.

—¡Ah!, sí, sí; y entonces en vez de contarme tú historias, yo te las contaré a ti.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

# LA CARIDAD

—¡Qué madrugador te has vuelto, muchacho! No dejas descansar a nadie en la casa. ¿No sabes que una de las obras de caridad es no molestar al que duerme?

—¡Ah! ¿También la caridad se mezcla en esas pequeñeces?

—No son tan pequeñeces como tú crees; ¿te parece que es poco molesto quitarle a uno el sueño, sin necesidad? Se debe respetar el descanso de todos, y no porque tú te empeñes en madrugar, has de obligar a los demás a que abandonen su lecho antes de lo acostumbrado.

—Bueno, mamá, bueno; ya tendré cuidado de no hacer tanto ruido; y mira, lo mejor será que salgamos cuanto antes, que ya papá nos alcanzará,

© Biblioteca Nacional de España

porque yo, la verdad, no sé estarme quieto pensando en las cosas buenas que tú me vas a contar referentes a la caridad.

—¡Ay, hijo mío!, si estuviera hablando un siglo sobre el mismo asunto, me quedaría doble y aun triple que contar de las *hazañas* que puede hacer la caridad.

La madre y el niño salieron al campo y no anduvieron mucho, pues el chiquillo estaba impaciente porque su madre diera comienzo a su relato; la madre lo comprendió así y empezó diciendo:

—El célebre orador eclesiástico don Vicente Manterola, dijo una vez, en el púlpito, que *la caridad era un mar sin orillas,* y créete que en aquel momento le inspiraba el Espíritu Santo, porque sin duda ninguna, la caridad encierra en sus prácticas evangélicas todo lo grande, todo lo sublime, todo lo armónico, todos los sacrificios y toda la abnegación que se puede pedir a un alma buena. Muchos creen que las obras de caridad se reducen a no negar una limosna al pobre callejero, a visitar a los enfermos en el hospital, a repartir ropa a entrada de invierno a los pobres que se mueren de frío, y aunque todo eso es muy bueno, las obras de caridad abarcan mucho más.

—¿Más que vestir al desnudo y dar posada al peregrino?

—Sí, hijo mío, porque el hombre no sólo se mantiene con el pan del cuerpo; necesita también el pan del alma.

© Biblioteca Nacional de España

—La caridad no se reduce a dar una limosna al pobre...

*Pág. 44*

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

—¿Ese que dan los sacerdotes en el acto de la comunión?

—No, hijo mío; ése es un formalismo religioso, útil para los creyentes de esa religión; pero el pan del alma a que yo me refiero es muy distinto.

—¿Y qué clase de pan es ése? ¿De qué se compone?

—No tienes aún edad suficiente para que yo pueda explicarte los componentes de ese pan espiritual, por más que ya pareces un hombrecito y se puede hablar contigo con toda seriedad; así, pues, sólo te diré que no consisten únicamente las obras de caridad en dar de comer al hambriento, en dar de beber al sediento y en dar posada al peregrino, como tú dices; *caridad* es: no divulgar los defectos de nuestro prójimo, no meter cizaña con nuestras habladurías en nuestra familia ni en nuestros amigos; *caridad* es: aconsejar oportunamente a los que están ofuscados por malos pensamientos, evitando que el fuego del odio avive la llama de la venganza; *caridad* es: interesarse por el bien ajeno y llegar hasta el sacrificio por ver a otro feliz, ocultando la parte que uno ha tomado en la solución de aquel problema.

—Entonces, ¿la caridad es el alma de la vida?

—Justamente; tú lo has dicho; bien dice el refrán, que «los niños y los locos dicen las verdades». ¿Te acuerdas de tu tía Esperanza?

—¿De la hermana de papá? Ya lo creo que me

© Biblioteca Nacional de España

acuerdo, porque me quería mucho, y debe estar en el cielo, porque era muy buena.

—No lo sabes tú bien; dejó de ser feliz, porque otra mujer lo fuera.

—Cuéntame, cuéntame eso, que debe ser muy interesante.

—No es muy a propósito en tus cortos años hablarte de amores; pero como el ejemplo es bueno, te contaré a grandes rasgos el episodio más culminante de la vida de tu tía Esperanza.

—¡Parece que la estoy viendo, tan viejecita! Siempre vestida de blanco.

—Su traje simbolizaba la pureza de su alma; la casaron muy joven con un anciano, y al año de casada quedó viuda, dueña de una inmensa fortuna, pero muy delicada de salud; para recobrarla, le ordenaron unos baños y se trasladó a un balneario, donde acudían los débiles y los anémicos. Los bañistas la recibieron muy bien y pronto se captó las simpatías de todos por su sencillez y su amabilidad. Entre los enfermos había una jovencita a la cual los médicos habían condenado a muerte, por su extremada debilidad. Efectivamente, Amelia era una flor que se había marchitado sin abrir, y tu tía Esperanza le tomó mucho cariño, porque no tenía madre, y ella le hacía las veces de hermana mayor, y Amelia depositó en ella sus inocentes secretos. Tu tía pronto comprendió que la joven estaba enamorada de un caballero muy apuesto y muy gentil que se halla-

© Biblioteca Nacional de España

ba en el balneario acompañando a una hermana suya; Gonzalo era lo que se llama un buen mozo, de muy buen trato, muy galante con las señoras, y a Amelia la trataba con mucho cariño, y decía que le despertaba mucha lástima aquella flor sin abrir; Gonzalo era el niño mimado de todas las enfermas, y él para todas tenía las más delicadas atenciones; pero en quien se fijó formalmente fué en tu tía Esperanza; se declaró a ella y le pidió su mano para casarse a la mayor brevedad. Tu tía se puso muy contenta, porque desde que le vió le amó; pero en el momento que le iba a decir que sí, que ella también le amaba, pensó en Amelia, y le pidió un plazo para contestarle. Amelia, por su parte, había notado que Gonzalo ya no estaba tan obsequioso con ella, y que todas sus atenciones y sus desvelos eran para tu tía Esperanza; ésta trató de sondear el corazón de la pobre niña, y vió con espanto que estaba herida de muerte, que si no se casaba con Gonzalo, moriría de pena; la *niña* se había despertado y la *mujer* lloraba sin consuelo, conociendo que amaba sin esperar recompensa, y tu tía se impresionó tanto con la ingenua confesión de la niña, que a solas con su conciencia se fué a pasear lejos del balneario, y, en un bosque, se postró en tierra diciendo: «¡Dios mío...! Yo amo a Gonzalo, pero Amelia le ama también. Yo puedo hacerla dichosa uniéndola al elegido de su corazón; en cambio,



© Biblioteca Nacional de España

yo no seré feliz si causo la muerte de Amelia. ¡Pobrecita! No tiene madre; me ha abierto su corazón y me ha dejado leer en él; yo no puedo ser dichosa causando su desgracia; en cambio, si la veo feliz, daré gracias a Dios por haberme sacrificado en bien de ella...» Y acto seguido llamó a Gonzalo y le dijo: «He titubeado, porque toda mujer es frágil, y olvidé por algunos momentos que juré a mi esposo no dejar de usar su ilustre apellido en toda mi vida; mi resolución es irrevocable, y ya que yo no puedo ser dichosa, quisiera que usted me ayudara en una buena obra; quisiera que entre los dos hiciéramos un acto de caridad. Amelia está desahuciada de los médicos; pero yo creo que Amelia vivirá si usted le da su nombre y su amor; me lo ha confesado todo; le ama a usted como sólo se ama una vez en la vida, y sufre horriblemente, porque ha comprendido que nosotros nos amábamos. Nuestra unión es imposible; pero en cambio podemos hacer feliz a un alma que al despertar le ha dirigido a usted su primera mirada de amor.»

Gonzalo no cedió en sus pretensiones; pero tu tía supo conmover su corazón de tal modo; le rogó, le suplicó tanto y tanto que tuviera piedad de aquella pobre niña, que al fin Amelia escuchó muy sorprendida la formal declaración de Gonzalo, aceptando su amor y su promesa de casamiento, revelando una satisfacción inmensa, satisfacción de la que hizo partícipe a Esperanza, que

© Biblioteca Nacional de España

la abrazó dando gracias a Dios de haberla inspirado tan bien.

Algunos meses después Amelia se casó con Gonzalo; tu tía fué la madrina de boda, y Amelia ignoró siempre que debía su dicha a una obra de caridad. Muchos hijos llenaron su hogar; su marido fué un hombre de bien, que nunca le reveló el sacrificio que habían hecho tu tía y él por hacerla dichosa, porque en realidad los dos se amaban; pero jamás se arrepintió tu tía de su obra de caridad, porque se horrorizaba al pensar en la muerte de Amelia, que hubiera apelado hasta al suicidio al perder la esperanza de unirse a Gonzalo. Ya ves, hijo mío, hasta dónde llegan las obras de caridad.

—Lo llenan todo.

—Es verdad, hijo mío; lo llenan todo; ejercen su poder junto al lecho de un hospital y al pie de un trono; si Dios hablará con la humanidad, podríamos decir que la caridad es el idioma de Dios.

—¿Y obra de caridad será también enseñar al que no sabe?

—Ya lo creo; una de las obras de caridad más importantes es despertar las inteligencias y hacerlas pensar en su pasado, en su presente y en su porvenir.

—¿Entonces los sacerdotes y los maestros hacen obras de caridad enseñando lo que saben a los niños y a los hombres?

© Biblioteca Nacional de España

—Ya lo creo que sí, aunque unos y otros reciben por lo que enseñan alguna retribución, y la verdadera obra de caridad, la mejor, es aquélla que se practica sin estipendio ninguno; es hacer un bien sin esperar más recompensa que la íntima satisfacción de haberlo hecho.

—Pues, yo quiero hacer muchas obras de caridad, para estar contento de mí mismo, como lo estuve el otro día, que di al hijo del mozo de cuadra mi caballo de madera y mi elefante de cartón.

—Y yo estuve más contenta que tú y el agraciado, porque un juguete con máquina para un niño pobre, es un placer inmenso por lo inesperado; a los niños pobres se les da generalmente golosinas o pan en abundancia en las grandes festividades; pero juguetes de valía, no; y cuenta tú que a los niños les hacen más falta los juguetes que el comer.

—Sí que es verdad.

—Tú, hijo mío, no has carecido de ellos.

—Pero me he fijado mucho en los niños que me miraban cuando me paseaba en mi caballo de madera, y muchas veces te he dicho que he roto los sables y las escopetas y no los he roto, los he dado a los niños que pedían limosna.

—Ya lo sé; la mirada de una madre vigila siempre; yo sabía que tú no eres destrozón, y, por consiguiente, instintivamente hacías obras de caridad.

—Pues las hacía sin saberlo, porque yo creía

© Biblioteca Nacional de España

que hacer caridad era únicamente dar pan al hambriento.

—Todo es pan, hijo mío; los juguetes también son pan para el niño a quien nunca sus padres han podido comprar una escopeta de caña. De todo aquello de que carece, está hambriento el hombre: de pan el verdadero mendigo, de amor el huérfano, de consideración social el pobre vergonzante; todos tenemos hambre, y la caridad es la encargada de saciar a todos los hambrientos.

—Pues, yo quiero saciar a muchos hambrientos.

—Y yo me alegro muchísimo de que tengas tan buenas intenciones, porque así tengo la seguridad de que serás dichoso en medio de las más grandes tribulaciones.

—Y mañana, ¿sobre qué hablarás?

—Sobre *la humildad.*

—¿Es una gran virtud la humildad?

—Ya lo creo que lo es; el verdadero sabio es el más humilde; lo mismo que el hombre más caritativo también lo es.

—¿Y cuesta trabajo ser humilde?

—Según y conforme; pero como la humildad es una virtud, hay que adquirirla también por medio del sacrificio, como se adquieren todas las virtudes.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

# LA HUMILDAD

—¡Ay, mamá! Cada día te levantas más tarde, y me impacienta tu tardanza en levantarte.

—Y tú cada día te vuelves más exigente—le dijo su padre—; de nada te sirven los sermones de tu madre.

—Déjale, hombre, no te incomodes—dijo la señora saliendo de su alcoba—; ¿no ves que está muy deseoso de saber qué es la humildad?

—Pues, yo se lo diré en seguida. Mira, hijo mío, la humildad, según el Diccionario, es: «la virtud que consiste en el conocimiento de la miseria y de la nada humanas, y en obrar conforme a él, reprimiendo el orgullo. Sumisión, rendimiento. A la humildad se la representa bajo la figura de una mujer que lleva en los hombros un saco y en

© Biblioteca Nacional de España

la mano una cesta con pan, vestida con sencillez y pisando un espejo y algunas joyas».

—Pues, no me gusta la figura de la humildad.

—Que te guste o no, importa poco; la cuestión es que la humildad es una base sólida de las demás virtudes, porque al hombre que no es humilde le ciega su orgulllo, y con el orgullo no se hace nada de provecho, porque el que vale como *uno* y él se figura que vale como *ciento*, siempre está descontento del proceder de los demás, y el descontento es la fuente de la envidia, el raudal de los celos, y de los envidiosos no se puede esperar nunca nada bueno.

—Pues, entonces, enséñame a ser humilde, mamá.

—Sí, hijo mío; todo mi afán en este mundo es que seas...

—¿Muy rico...?

—No, hijo mío, muy bueno; y los humildes lo son, porque suelen ser agradecidos; reconocen el valor de los favores recibidos y tratan de corresponder con creces a los desvelos de sus protectores; y para que te convenzas, te presentaré un ejemplo de un hombre humilde y agradecido.

—¿Y dónde está ese hombre? ¿Le conoces tú?

—Ya lo creo que le conozco, y tú también le conoces.

—¡Yo! ¿Quién es?

—El preceptor de los hijos del duque de Castro-Enríquez.

—¿Aquel joven que parece un viejo?

© Biblioteca Nacional de España

—Ese mismo.

—Ya tiene trazas de humilde, aunque al mismo tiempo parece muy entendido.

—Por eso es humilde, porque tiene sobra de entendimiento. Genaro, que así se llama el joven profesor, es un pozo de ciencia.

—Pues, hasta ahora nadie lo diría.

—¿No sabes tú que los verdaderos sabios son como las violetas? Viven escondidos bajo las múltiples hojas de su modestia; mas no por eso dejan de exhalar su delicado perfume.

—Bueno, ¿y qué ha hecho Genaro de particular?

—Para la generalidad, nada; para las almas pensadoras, mucho.

—¿Mucho?

—Sí, mucho, porque ha sabido agradecer y no se ha enorgullecido con sus múltiples conocimientos, adquiridos a fuerza de trabajo y de constantes estudios.

—Su padre, ¿no es el portero del duque de Castro-Enríquez?

—Su padre lo es actualmente y lo fueron sus antepasados; los abuelos, bisabuelos y tatarabuelos fueron parte integrante de esa noble familia, que ha ido perdiendo sus feudos y sus cuantiosos bienes, y hoy vive poco menos que en la miseria, quedándole de todos sus antiguos servidores solamente los padres de Genero y el joven profesor; el padre está poco menos que inútil, semiparalítico; la madre hace de cocinera, de ama de llaves, de

© Biblioteca Nacional de España

camarera y de todo, y Genaro hace de portero, y se multiplica para atender a sus estudios y para ser el hombre de confianza del duque de Castro-Enríquez.

»Hace algunos meses que fué a visitar al duque un rico norteamericano que no sabe los millones de dollars que posee; conoció a Genaro, y tanto le gustó su trato, su modestia y su humildad, que le ofreció la dirección de un magnífico colegio que tiene en Nueva York, señalándole un sueldo que bien se puede decir que era una fortuna.»

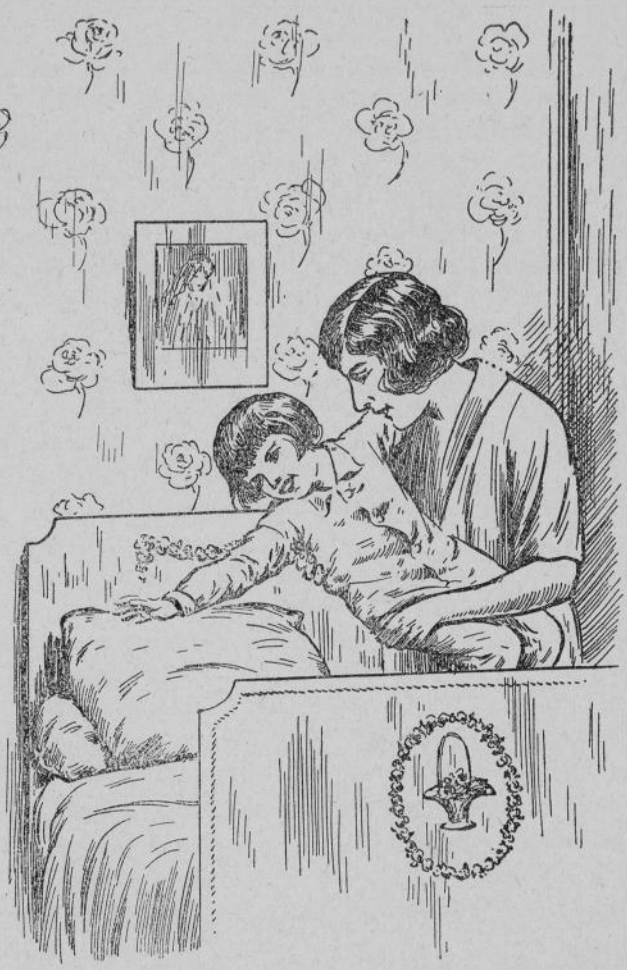
—¿Y aceptó Genaro tan buena colocación?

—No; no la aceptó, por no abandonar a la noble familia a cuya sombra habían vivido sus antepasados, y por no dejar a su padre, del cual es Genaro sus pies y sus manos, porque él le viste, él le desnuda, él le lee los periódicos, él le levanta, él le acuesta, él es el lazo que le une a la vida: es lo que se llama un buen hijo.

—¿Y cómo ha sido preceptor de los hijos del duque?

—Porque el duque no puede pagar la pensión de sus hijos en el colegio, y Genaro, no sólo les enseña cuanto sabe sin retribución alguna, sino que con el producto de las lecciones, pues da a varios jóvenes lección de francés y de inglés, les compra los libros y cuanto necesitan para completar su educación. Ya ves si la humildad que le distingue, le hace llevar a cabo acciones verdaderamente meritorias, porque, si estuviera in-

© Biblioteca Nacional de España



...y ahí la tienes convertida en madre de familia...

*(Pág. 64)*

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

fatuado con su saber y se creyera superior a la generalidad, porque en cuantos exámenes ha sufrido en todos ha obtenido nota de sobresaliente, ahora que se le presentaba la ocasión de ganar honra y provecho, la hubiera aprovechado, abandonando a su padre y a los protectores y bienhechores de su familia, y a los cuatro niños que bajo su tutela serán quizá mañana hombres de provecho. Ya ves cuántas ventajas trae consigo la humildad.

—Ventajas para los protegidos de Genaro; mas, para él, yo creo que su humildad le dará muchos quebraderos de cabeza.

—¿Y hay nada más hermoso que preocuparse por el bien ajeno?

—Cuando tú lo crees así, será verdad.

—Sí, hijo mío; verdad es. Y además, no olvidemos las palabras de Cristo: *El que se humilla, será ensalzado.*

—¿Por quién?

—Por sus mismas obras, hijo mío. Tú aún no tienes edad para apreciar la satisfacción que se experimenta cuando se obra bien y se emplea la sabiduría que uno posee en beneficio de los demás.

—Pues el director de mi colegio dice que los humildes suelen ser unos hipocritones de marca mayor.

—Según y conforme; hay humildes falsificados, como se falsifican las substancias alimenticias.

—¿Son hipócritas los que hacen confesión ge-

© Biblioteca Nacional de España

neral de sus culpas delante de varias personas, como demostración de su humildad?

—Sí, hijo mío; ésos son los hipocritones a que se refiere tu maestro; el sér que es verdaderamente humilde, el que se reconoce pequeño por su falta de bondad o de saber, no se convierte en piedra de escándalo, dando un espectáculo gratis con sus revelaciones, que a nadie le interesan. El hombre humilde, por el perfecto conocimiento que tiene de sí mismo, sólo se confiesa con Dios; es el que ora sin que nadie escuche el rumor de sus palabras...

La humildad es una gran virtud, hijo mío, cuando no se la hace servir de *pantalla* para vivir a costa de los demás; el hombre verdaderamente humilde trabaja para engrandecerse, para libertarse de la opresión, de la miseria; no creas que los humildes se cruzan de brazos y dicen: «Nada soy, y nada espero»; es que desgraciadamente se confunde la humildad con la holgazanería; el holgazán no es humilde; el holgazán es un sér degenerado cuyo rostro no se ha coloreado jamás con el rubor de la vergüenza; que dice, como decía el *mendigo* de Espronceda:

«Mío es el mundo: como el aire libre,
otros trabajan porque coma yo;
todos se ablandan si doliente pido
¡una limosna, por amor de Dios!»

© Biblioteca Nacional de España

El hombre humilde es digno, es sufrido, es callado, es prudente, es incapaz de molestar a nadie; no sale de su pequeño círculo, y en silencio trabaja, y en silencio se instruye, y en silencio rompe las ligaduras de su ignorancia.

—Entonces la humildad es una virtud muy mal comprendida.

—Como lo son todas las virtudes, hijo mío; no te fíes nunca de las bondades publicadas al son de bombó y platillos; las virtudes son como las violetas, viven escondidas; se las adivina por su perfume.

—Pero, si no se las ve...

—¿Y qué importa que no se las vea? La cuestión es que las virtudes den fruto y que éste lo recojan los necesitados. ¿Te acuerdas de las hijas de don Benito?

—¿De aquellas dos hermanas, de las cuales una quería ser monja?

—Sí; y a simple vista, ¿cuál te parecía más buena?

—Toma, la que no salía de la iglesia; todo el mundo decía: «Esta chica, si se muriera ahora, se moriría en olor de santidad.»

—Pues, mira tú lo que son las cosas y lo que es juzgar por las apariencias: Matilde, que era la que se comía a los santos por los pies, no se privaba de ningún goce, vestía con la mayor elegancia, y cuando llegaba la Semana Santa, se hacía trajes magníficos para lucir sus galas en

© Biblioteca Nacional de España

las mesas petitorias de los templos; y su hermana, en cambio, vestía con la mayor sencillez, porque empleaba el dinero que su padre le daba en socorrer a pobres vergonzantes, y siempre estaba a vueltas con su padre para que la dejase velar a los enfermos que gemían en un cuchitril, sin tener cama donde acostarse, y esto lo hacía Anita sin darle la menor importancia, como la cosa más natural del mundo; lo único que decía a sus amigas más íntimas era que su vocación era ser hermana de la caridad; pero que por no dejar a su padre no había realizado sus deseos. Matilde, en cuanto tuvo ocasión, se casó, y no se volvió a acordar ni de los Cristos ni de las Vírgenes; y Anita cuidó a su padre hasta que murió en sus brazos, y siguió velando a los enfermos sin hacer votos, porque un hermano de su padre le suplicó encarecidamente que no le abandonara en su viudez con cuatro hijos pequeños, y ahí la tienes convertida en madre de familia, siendo un modelo por su entrañable amor y su verdadera humildad, sirviendo de consuelo a cuantos la rodean, sin hacer alarde de sus sacrificios, sin que su nombre figure nunca en ninguna sociedad benéfica; ella sirve de maestra a los niños que están bajo su tutela; ella cumple con todos sus deberes; ella es la verdadera hermana de la caridad, que se quita muchas horas de descanso para velar a pobres mujeres que no tienen ni agua que beber. Ahora bien; ¿qué te pa-

© Biblioteca Nacional de España

rece a ti? ¿Quién morirá en olor de santidad: Matilde, o Anita?

—Anita, por lo que tú me cuentas, es una santa.

—Si no es santa, es un sér humilde que quiere conquistar con buenas obras un sitial a la diestra de Dios padre.

—Pues, mira, mamá, yo quiero ser humilde para ser muy bueno.

—¡Yo, hijo mío, haré cuanto esté de mi parte por inculcar en tu mente los más nobles pensamientos, porque ser bueno, es vivir!

—Así debe ser, porque tú eres muy buena, y eres muy feliz.

—Sí, hijo mío, sí que lo soy; tu padre es el mejor de los hombres; tú quieres ser tan bueno como él, los dos me amáis; y yo no ceso de dar gracias a Dios por el bien que me ha concedido.

—Y mañana, ¿sobre qué hablarás?

—Sobre el poder de *la voluntad*.

—Pues, mira, ten voluntad para levantarte muy temprano.



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

# LA VOLUNTAD

—¿Tienes *voluntad* de levantarte, mamá?

—Sí, hombre, ya se levantará; en mala hora tu madre abrió Cátedra para ti por la mañana temprano, que al paso que vas nos harás levantar con estrellas.

—Es que no te puedes figurar lo que me interesan los relatos de mamá, y como me interesan tanto, todo el día me lo paso pensando en lo que me dirá al día siguiente. Ayer me dijo que hoy hablaría sobre la voluntad, y esta palabra tiene tan distintas aplicaciones...

—Tienes razón, hijo mío, tienes razón; el mismo Diccionario se las da: «Es una de las potencias del alma, que tiene por objeto el bien conocido; en Dios se toma por sus decretos y determinaciones

© Biblioteca Nacional de España

o disposiciones. El libre albedrío o la libre determinación. La elección hecha por el propio dictamen o gusto, sin atención a otro respeto o reparo.»

—No te canses, papá, no te canses; ayer leí todo lo que dice el Diccionario concerniente a la voluntad, y no me satisfacen las explicaciones de ese libraco; mamá, estoy seguro, segurísimo, me hablará de otra manera respecto a la voluntad.

Salió la buena madre sonriendo y abrazó al niño como si no le hubiera visto en mucho tiempo, mientras que su marido los contemplaba emocionado, porque indudablemente no hay cuadro más bello que el que ofrecen los dos amores más puros de la tierra, el amor maternal y el amor filial; representan el árbol de la vida dando sus preciosos frutos.

Salieron los tres, pasearon un corto rato y se sentaron junto a una fuente, donde almorzaron con gran apetito, diciendo el niño:

—Ahora viene lo mejor; ahora viene el relato sobre la voluntad.

—Relato que será muy incompleto, porque hablar de la voluntad es hablar de la mar, mejor dicho, del infinito. La voluntad es el eje que mueve la gran rueda de la vida; por la voluntad inquebrantable de los sabios, de los exploradores, de los inventores, de los conquistadores, de todos los hombres que han soñado con el mejoramiento de las costumbres y el engrandecimiento de los pueblos, se han obtenido los maravillosos descubri-

© Biblioteca Nacional de España

mientos que han ensanchado los horizontes de la vida.

La firme voluntad de Cristóbal Colón dió un nuevo mundo a la católica España. Edison ha producido una verdadera revolución con sus maravillosos inventos, porque la firmeza de su voluntad le ha dado un poder verdaderamente sobrenatural, y si te fuera a enumerar, hijo mío, los milagros realizados por todos los inventores y hasta dónde han llegado con sus descubrimientos a fuerza de trabajo y de constantes esfuerzos, no contando muchos de ellos con más elementos que con su voluntad, porque han sido pobres, de humilde origen, no teniendo ni familia que los protegiera ni Mecenas que les diera sombra; si me propusiera hablarte de algunos de ellos, no concluiría nunca la relación de sus gloriosos hechos. De esto se encarga la Historia Universal; yo te hablaré únicamente de los héroes ignorados, de aquéllos que de pequeños infusorios han ido agrandando su círculo de acción, hasta llegar a ser estrellas en el cielo de la vida.

—Eso me gusta mucho más; las grandezas de los pequeñitos las comprendo mejor; los grandes hombres parece que me asustan.

—Son como los soles, deslumbran con sus rayos y no se los puede mirar de frente.

—¿Y por qué la Historia Universal no se ocupa de esos héroes ignorados?

—Tú mismo lo dices, porque se ignora la heroi-

© Biblioteca Nacional de España

cidad de los pequeños. No se hace caso del trabajo de las hormigas, y en cambio se buscan con avidez los nidos de las águilas; pero todo trabajo realizado tiene su recompensa. ¿Te acuerdas de aquel pobre ciego que a ti tanto te llamaba la atención porque iba solo, sin lazarillo?

—Ya lo creo que me acuerdo, ¡pobrecillo!, bastantes veces le di el realito que tú me das los domingos.

—Pues aquél era un héroe ignorado.

—Ya lo creo; no era poca su heroicidad arriesgándose por esas calles de Dios sin nadie que le guiara, expuesto a morir aplastado entre los caballos.

—No consistía en eso su heroísmo.

—Pues, ¿en qué consistía?

—En los planes que llevaba en su pensamiento. Félix no se contentaba con la vida humillante del mendigo; quería salir de la mendicidad; él decía, como dijo Fernán Caballero, que el pan de la limosna alimenta, pero no nutre; y no sólo quería él salir de tan enojosa esclavitud, sino que se propuso libertar a los demás ciegos de la tiranía de la miseria callejera; y con admirable perseverancia trabajó sin descanso para formar una sociedad de socorros mutuos y una sociedad musical que diera conciertos semanales en un teatro, y logró dar el primer concierto, que obtuvo un gran éxito, y cuando las esperanzas más risueñas le sonreían, cuando en su mente contemplaba la rea-

© Biblioteca Nacional de España

—Pues aquél era un héroe ignorado.

*(Pág. 70)*

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

lización de sus sueños, la tisis se apoderó de su endeble organismo y murió Félix y con él la emancipación de los ciegos músicos. En su modesta tumba no se colocaron coronas; iría probablemente a la fosa común; ¡era tan pobre! Pero a pesar de su pobreza había sido un héroe; hasta fundó un periódico, del cual se publicaron dos o tres números. ¡Cuánta fuerza de voluntad necesitaría Félix para conseguir lo que consiguió...! Ya ves, hijo mío, lo que se consigue con la voluntad.

—¡Quién diría al verle tan pobrecito que pensaba cosas tan grandes!

—Por regla general, los que viven entre abrojos son los que vuelan con más rapidez hasta llegar a la cumbre de la gloria. Me contaba mi madre que, cuando se casó, dió la vuelta al mundo, deteniéndose un año en una ciudad de los Estados Unidos, porque mi padre enfermó gravemente, y allí conoció a una pobre mujer casi ciega, que vivía del *maná* del cielo, puede decirse, porque no quería entrar en ningún asilo benéfico y le faltaba valor para pedir limosna; mi madre sintió por ella una compasión inmensa, y a su compasión se unió la admiración más profunda, porque Sofía, tan falta como estaba de la luz material, sobrada estaba de luz espiritual; no tenía la pobre ningún pariente; estaba sola en el mundo, y le decía a mi madre: «Yo no sé qué sentirán los locos; pero a mí me hablan, escucho voces con-

© Biblioteca Nacional de España

fusas, como si muchas personas me hablaran a un tiempo. Yo, cuando era muchacha, escribía versos, y creo que ahora también los escribiría si tuviera un amanuense.» «Yo lo seré», le dijo mi madre; y Sofía dictando y mi madre escribiendo, pasaban muchas horas del día, mi madre encantada y Sofía contentísima de haber hallado quién la comprendiera.

Mi madre apreció en todo su valor lo que valía Sofía, y cuando se separó de ella, la dejó modestamente instalada con una buena familia y en manos de un oculista, que la alivió hasta el punto de no necesitar Sofía ningún amanuense para sus trabajos literarios. La iglesia protestante le ofreció sus periódicos, y durante muchos años, Sofía defendió sus ideales religiosos, sosteniendo polémicas con los católicos, en las cuales siempre salía vencedora; llegó a ser una notabilidad, trabajando de noche y de día, sin cansarse nunca; conservó con mi madre la más cariñosa correspondencia, diciéndole siempre que cuanto era todo se lo debía a su verdadera amistad; y mi madre siempre le contestaba: «Desengáñate, Sofía; sin tu firme voluntad, sin tu amor al trabajo, sin tu afán por enaltecer tus ideales religiosos, todos mis anhelos hubieran sido inútiles; tu voluntad te ha salvado, tu voluntad me ha impulsado a favorecerte. Nadie más pobre que tú, y sin embargo, ¡cuántos tesoros llevabas en tu mente!»

Siguieron correspondencia muchos años, y casi

© Biblioteca Nacional de España

simultáneamente murieron mi madre y Sofía; ésta última consiguió con su perseverancia crearse una gran familia entre los protestantes, que le dieron honrosa sepultura y dedicaron a su memoria sentidos artículos.

Cuando mi madre la conoció era una mendiga; su firme voluntad en el trabajo le dió una gran fortuna.

—¿Murió rica?

—No; pero murió amada, y vale más el amor que todos los tesoros terrenales.

—¡Qué buena pareja hubieran hecho Félix y Sofía!

—Es verdad, hijo mío; los dos empleaban su voluntad en ascender por la escala del progreso. Te he citado estos dos ejemplos, porque a los dos los he conocido, a Félix personalmente y a Sofía por sus escritos, que mi madre guardaba como oro en paño; héroes ignorados hay muchos; lo que faltan son Diógenes que los busquen.

—¿Diógenes no iba por el mundo buscando a un hombre?

—Sí, ésa fué su constante ocupación; y por eso te digo que se necesitan muchos Diógenes que buscaran a los héroes ignorados.

—Pues, mira, mamá, cuando yo sea hombre imitaré a Diógenes, buscaré a los héroes escondidos en el rincón de su casa.

—Antes de buscarlos, hijo mío, conviértete tú en héroe, empleando la potencia de tu voluntad

© Biblioteca Nacional de España

en ser útil a tus semejantes; pon tú la primera piedra de la regeneración de tu época; principia por buscar en ti mismo las virtudes necesarias para ser bueno por tu amor al prójimo, para ser sabio por tus constantes estudios.

—Sí, sí; quiero emplear toda mi voluntad para ser grande.

—Es el modo mejor de emplear ese don divino que consigue hacer de un infusorio un gigante. Yo te lo confieso, hijo mío: no me llaman la atención los sabios que han pasado su infancia y su juventud en buenos colegios y en grandes universidades, porque su sabiduría ha nacido entre flores, puesto que han tenido a su disposición todos los elementos necesarios para instruirse y engrandecerse; en cambio, un infeliz que apenas sepa leer y se dedique a investigar y a querer solucionar los problemas científicos, éste me inspira profunda admiración, porque comprendo el esfuerzo que hace su voluntad.

—Tienes razón, mamá, tienes razón; y oye, la voluntad empleada en el ahorro también será muy provechosa, ¿no es verdad?

—Ya lo creo que lo es; mira, ¿te acuerdas de doña Felisa?

—¿Aquélla que tenía una casita muy blanca con muchas gallinas y muchos palomos?

—Sí, aquélla que nació tan pobrecita que desde la tierna edad de cinco años recorría las carreteras recogiendo el estiércol, que vendía a los

© Biblioteca Nacional de España

jardineros; a los nueve años entró en una Granja para guardar ovejas, ganando treinta reales al año, de los cuales no gastaba ni un céntimo, porque iba sin zapatos ni medias, y el colono de la Granja le daba de comer y la ropa usada de una de sus hijas. Allí estuvo hasta los 18 años; en ese tiempo le subieron el salario, y todo lo fué colocando en la Caja de Ahorros; después sirvió en la ciudad, en casa de un médico, donde ganaba cinco duros mensuales, los cuales unía a su pequeño capitalito; más tarde se casó, pidiendo a su marido que le dejase emplear sus ahorros en comprar un terreno para en él levantar una casita; su marido aprobó su plan, y construyeron la casita blanca, donde tantas veces hemos ido a merendar.

—¡Qué buena era doña Felisa! ¡Me daba más fruta y más dulces!

—Es cierto; le gustaba mucho obsequiar a los niños, y se privaba ella de comer postres para que se los comieran los chicuelos que siempre la rodeaban.

—¿Esa también era un héroe ignorado?

—También, hijo mío, también, porque empleó su voluntad durante muchos años en ser una hermana de la caridad, cuidando a su marido, que tenía una enfermedad muy mala, y ella le cuidó con el mayor cariño de día y de noche.

—Tú has conocido a muchas personas buenas; ¿las vas buscando?

© Biblioteca Nacional de España

—Sí, hijo mío, porque las personas buenas son los soles que dan calor a la humanidad.

—¿Y tú me irás diciendo dónde están esas almas tan generosas que emplean su voluntad en hacer el bien?

—Ya lo creo que te lo diré; pues yo sostengo lo que dijo Fernán Caballero en una de sus novelas.

—¿Y qué dijo?

—«Prefiero que mi hijo sea bueno a que sea feliz.»

—Y mañana, ¿sobre qué hablarás, mamá?

—Sobre *la templanza*.

—Ya estoy deseando que llegue mañana.

© Biblioteca Nacional de España

# LA TEMPLANZA

—Papá: ayer estuve leyendo el Diccionario, y dice que *la templanza* es una de las cuatro virtudes cardinales, que modera los apetitos y uso excesivo de los sentidos, sujetándolos a la razón, que es la moderación y continencia de la ira, o cólera u otra pasión.

—Pues, mira, hijo mío—dijo su madre apareciendo entonces—, el Diccionario está muy parco en las definiciones que da de la templanza, porque ésta es una virtud quizá superior a todas las virtudes, pues se asegura con su práctica la paz y la tranquilidad del hogar doméstico, que es la paz más difícil de conseguir. Es más fácil a veces suspender las hostilidades entre dos ejércitos beligerantes, que implantar el reinado de la templanza en una familia mal avenida.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Pues, qué! En todas las casas, ¿no viven como vivimos nosotros?

—No, hijo mío; nosotros estamos en el cielo, y la mayoría de los terrenales viven en un infierno.

—Vámonos, mamá, vámonos a paseo y debajo de los pinos me contarás los milagros que hace la templanza.

—Tú lo has dicho, hijo mío; hace verdaderos milagros una mujer que no se encoleriza y que opone a las contrariedades la prudencia y la serenidad, para no caer vencida en las rudas tormentas de la vida.

Recordarás que, más de una vez, mirando el álbum de familia, te has fijado en el retrato de una mujer muy bella y me has preguntado: «¿Quién es ésta, mamá?»

—Sí que recuerdo mi pregunta y tu lacónica respuesta, pues invariablemente me has contestado: «¡Esa... fué una santa!»

—Entonces, hijo mío, eras muy pequeño y no te podía contestar de otra manera; hoy, aunque eres muy niño, pareces un hombrecito ya, y se puede hablar contigo detallando más los hechos, y puesto que mi propósito es presentarte tipos reales para que aprendas en ellos a practicar las virtudes, te contaré a grandes rasgos la historia del original de aquel retrato que siempre te ha llamado la atención.

—Siempre, mamá, siempre; y muchas veces, sin

© Biblioteca Nacional de España

decirte una palabra, cojo el álbum y miro la imagen de aquella mujer, que, según tú dices, fué una santa.

—Ya lo creo que lo fué; yo te lo aseguro. Conocí a Isabelina cuando las dos éramos niñas; estuvimos juntas en el colegio algunos años, e Isabelina era el juez de paz en todas las contiendas de las chiquillas. Tan sufrida, tan callada, tan prudente, que, cuando mi madre la sacó del colegio, le dijo la directora: «¡Ay, señora!, se lleva usted lo mejor de mi casa; de balde la tendría yo toda la vida, pues gracias a la templanza de su carácter, donde ella está, reinan el reposo y la alegría.»

Isabelina se despidió de sus compañeras llorando amargamente; parece que la pobre presentía la suerte que la esperaba.

—¿Qué? ¿Fué muy desgraciada?

—Mucho, hijo mío; para ella este mundo fué un verdadero valle de lágrimas.

—Pues, ¿qué le pasó?

—Al parecer nada de particular, porque se casó en seguida con un señor muy rico, muy guapo y muy distinguido, y hacían los dos una pareja que llamaba la atención. El se casó con Isabelina subyugado por su hermosura, porque fué la mujer más hermosa de su tiempo. Un año después de casada, Isabelina fué madre de un niño enteco y enfermizo, que a los pocos meses de nacer comenzó a padecer accidentes horribles que degene-



© Biblioteca Nacional de España

raron, con el transcurso de los años, en convulsiones nerviosas, debilitándose tanto su organismo, que cuando andaba se tambaleaba como si estuviera ebrio, y sus pies iban cada uno por su lado, cayéndose con la mayor frecuencia.

Isabelina, al ver a su hijo tan desgraciado, se consagró por completo a ser su amorosa enfermera; en cambio, su padre nunca salió con él, porque se avergonzaba de que aquel infeliz fuera su hijo.

—¡Ay, mamá! ¡Qué malo era ese hombre...!

—No le juzgues, hijo mío, Dios le juzgará.

—¿Y tuvieron más hijos?

—Sí, dos más; un niño más defectuoso que el primero, con los pies vueltos hacia dentro y las manos sin poder hacer uso de ellas, teniendo que darle de comer hasta su mayor edad, y una niña muy bonita, pero tan pequeñita y tan a medio crecer, que durante un año ni pudieron vestirla, estaba siempre envuelta en algodón en rama, y sólo podían lavar su cuerpecito con aceite de rosas.

—¡Ay! ¡Pobre madre...!

—¡Ya lo puedes decir, hijo mío; pobre madre! Su marido, si no llegó a odiarla le faltó muy poco; y la infeliz Isabelina, siempre serena, siempre sonriente, siempre tranquila, paseaba con sus hijos y era la que velaba su sueño, la que cuidaba de su alimento, y sobre todo la que estaba siempre al quite para evitar discusiones enojosas entre su marido y sus hijos. Siempre estaba alerta, siempre

© Biblioteca Nacional de España

...y era la que velaba...

(Pág. 32)

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

estaba en guardia aplacando el carácter irascible de sus hijos, siempre defendiendo las intemperancias de su esposo, alegando que tenía motivos sobrados para estar disgustadísimo, porque sus negocios bursátiles le iban de mal en peor, y así pasó Isabelina los mejores años de su vida, despreciada de su marido, que se pasaba meses enteros sin dirigirle la palabra; si le hablaba era para maldecir la hora en que se había casado con una mujer que le había dado por hijos dos fenómenos y una chiquilla de pasta de merengue.

Isabelina nunca le contestó; cuando le veía más furioso se iba al cuarto de sus hijos, los estrechaba contra su corazón y lloraba por dentro, para que sus hijos no comprendieran su horrible sufrimiento.

No es posible que yo te cuente la vida de martirio que llevó Isabelina; sus parientes todos le aconsejaban que se separase de su marido, y ella respondía sencillamente: «Mi deber no es separar a mis hijos de su padre; mi obligación más sagrada es despertar en mis hijos, si no el amor por su padre, al menos la compasión; ¿queréis mayor desgracia para un hombre que no amar a sus hijos, cuando hasta las fieras quieren a los suyos? No, no; vosotros no me queréis bien; ya vendrá la muerte, y al aventar mis cenizas, mis hijos dejarán su casa paterna; pero mientras yo aliente, en este hogar habrá el calor de mi cariño.»

Y así fué; Isabelina casó a su hijo mayor y

© Biblioteca Nacional de España

no permitió que se separara de ella; su marido, aunque tarde, comenzó a comprender lo que valía su esposa, que nunca tuvo una queja para sus constantes desvíos; siempre le dirigió la más dulce sonrisa, inculcando en sus hijos el más tierno cariño hacia su padre.

Pero Isabelina no tenía el cuerpo de hierro, y tantos años de lucha y de sufrimiento concluyeron por lesionar su corazón, y al fin se postró en su lecho para exhalar su último suspiro.

—Y entonces su marido, ¿qué hizo?

—¿Qué hizo? Lo que era natural que hiciera; entonces lloró lágrimas de sangre; entonces, postrado ante Isabelina, le decía: «¡Perdóname! ¡Perdóname, que he sido un miserable! ¡Tú eres una santa! Y yo he sido tu verdugo. Yo te prometo que amaré a nuestros hijos en memoria tuya; quédate, quédate conmigo; yo seré tu esclavo y te adoraré de rodillas.» Pero sus quejas y sus ruegos fueron inútiles; Isabelina murió como había vivido, sin exhalar una queja, sonriendo como deben sonreir los ángeles al gozar de la presencia de Dios; sus hijos la cubrieron de flores. Su marido se quedó como un idiota; de pronto, se estremecía, y caía de rodillas, diciendo: «¡Era una santa! ¡Era una santa!»

Algunos días después del entierro, en aquel hogar donde la templanza de Isabelina había mantenido el fuego sagrado, que presta calor y vida a las familias terrenales, se desencadenó la más horri-

© Biblioteca Nacional de España

ble tempestad: el hijo mayor acusó a su padre de la muerte de su madre y le dijo que no quería vivir más tiempo al lado de un asesino, y por consiguiente, que huía de él como se huye de un genio maléfico; y la hija, en cuanto se casó, abandonó a su padre, y el pobre padre se quedó con su segundo hijo, porque éste por sus defectos orgánicos no cabía en ninguna parte; y aquí tienes una familia deshecha, después de haber estado unida quizá treinta años, resistiendo sus miembros grandes vicisitudes, porque pasaron de la opulencia, del lujo y del fausto a la más modesta medianía. Una débil mujer retuvo en torno suyo a tres seres díscolos y desagradecidos, porque de sus tres hijos ninguno se parecía a ella; todos tenían el carácter de su padre, y éste lo único que hacía era emprender largos viajes; pero siempre volvía a su casa: Isabelina era el imán que le atraía. Ya ves si la templanza es una gran virtud.

—Ya lo creo que lo es; más de lo que parece. Y dime, mamá, ¿hay muchas mujeres como Isabelina?

—Ya lo creo que las hay; ¿crees tú que si no las hubiera habría tantas familias unidas en la tierra?

—Pero, ¿todos los hombres son tan malos como el marido de Isabelina?

—No, hijo mío; afortunadamente no abundan esos seres tan egoístas y tan presuntuosos que sólo se fijan en la belleza del cuerpo; la generalidad

© Biblioteca Nacional de España

de los hombres y de las mujeres, ni son muy malos ni son muy buenos, son medianías; pero la templanza es la varita mágica que suelen manejar los padres de familia para educar convenientemente a sus hijos.

—El director de mi colegio siempre está a vueltas con la templanza, y él dice que necesita hacer acopio de ella para manejar a tantos toritos como tiene a su cuidado.

—Y dice muy bien el buen señor; ¿crees tú que se necesita poca templanza para no dejarse dominar por la ira, teniendo que aguantar las impertinencias de los niños mal educados y las exigencias de muchos padres peor educados aún?

—Pues, yo no quiero hacer rabiar a mi maestro, porque es muy bueno; ¿qué debo hacer, mamá, para no molestarle?

—Cuando estés a su lado, hazte cargo que estás al lado de tu padre; ni más ni menos; que si tu padre es el padre de tu cuerpo, un buen maestro es el padre del alma; y cuando los hombres estén más civilizados y por consiguiente esté más educado y más desarrollado su sentimiento, los maestros serán miembros de las familias, y así como hoy se respeta a los abuelos y éstos son los compañeros cariñosísimos de los niños, los maestros tendrán centenares de nietos que todos se apresurarán a demostrarles su cariño y su respeto filial.

—¿Y llegarán los hombres a ser tan buenos?

—Ya lo creo que lo serán; no tienes más que

© Biblioteca Nacional de España

leer la historia de los pueblos. En los países civilizados, ¿se arrojan los herejes a las fieras?

—¡Ay!, ¡no, gracias a Dios...!

—¿Se oye hablar de ningún auto de fe?

—No, mamá, no.

—Pues, así como hoy somos mejores que ayer, mañana seremos mejores que hoy, no te quepa la menor duda.

—Empleando la templanza, ¿no es verdad?

—Justamente; ella es la mejor compañera de la humanidad; no deja desarrollar ni el odio ni la venganza; en un lugar donde reine la templanza, no habrá crisis violentas, no habrá desesperaciones, ni conatos de suicidio.

—¿Y qué te parece, mamá? ¿Estoy yo predispuesto a la templanza?

—Aunque no lo estuvieras, viviendo como vives arrullado por el inmenso amor de tus padres, no tendrás más que flores en tu camino.

—¿Y esas flores no tendrán espinas?

—No, hijo mío; tu padre y yo se las arrancaremos.

FIN

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

# INDICE


| | Págs. |
|---|---|
| *A los niños* | 5 |
| La modestia. | 7 |
| La tolerancia. | 19 |
| El amor. | 31 |
| La caridad. | 43 |
| La humildad. | 55 |
| La voluntad. | 67 |
| La templanza. | 79 |


© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

OBRAS ESCOGIDAS

DE

# CAMILO FLAMMARION

Se ha calificado a Flammarion de «Poeta de los cielos», y ciertamente, es el más poeta de los astrónomos y el más científico de los poetas. Sus obras son doblemente maravillosas en sus narraciones, porque si referidas por un astrónomo abruman y fascinan con su inconmensurable grandiosidad, referidas por Flammarion (astrónomo y poeta), nos seducen y nos predisponen a contemplarlas y a gozar de sus inenarrables bellezas.

**A 3 pesetas cada tomo en rústica y 4'50 en tela**

| | | |
|---|---|---|
| **Lumen** (Historia de un alma) . . . | 1 | tomo |
| **Historia de un cometa** . . . . | 1 | » |
| **Los últimos días de un filósofo** . . | 1 | » |
| **Dios en la Naturaleza** . . . . | 2 | » |
| **Las maravillas celestes** . . . . | 2 | » |
| **La Pluralidad de Mundos habitados** . | 2 | » |
| **Mundos reales y mundos imaginarios.** | 2 | » |
| **Historia del Cielo** . . . . . | 2 | » |

---

| | | |
|---|---|---|
| **La Tierra y el Hombre en el Universo** . . . . . | **1'50** | **pesetas** |
| **La Muerte** . . . . . | **1'00** | » |
| **La pluralidad de mundos y el dogma cristiano** . . . . | **0'50** | » |

© Biblioteca Nacional de España

# Ortografía Castellana

POR

## JOSE SUBIRANA

PROFESOR ESPECIALISTA EN GRAMÁTICA CASTELLANA

Obra excepcional, única en su género, de indiscutible utilidad para los que cursan los tres años de Gramática en los Colegios Nacionales, Escuelas Normales, Escuelas Navales y Colegios Militares de las Repúblicas Sudamericanas.

Un tomo de 216 páginas, impreso en excelente papel, y encuadernado en piel pegamoid, 3,50 ptas.

---

# ENIGMAS, ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

*Recogidos, coleccionados, arreglados y compuestos*

POR

## FELIX MANZANO

CON UN PRÓLOGO DE JOSE BRISSA

Un tomo de nutrida lectura y de gran entretenimiento, con cubierta en colores, 2 pesetas.

---

# LA VIDA INVEROSIMIL

POR

## MANUEL UGARTE

Obra de gran interés literario y social, impresiones de actualidad, del gran escritor argentino.

Un tomo con cubierta en tricromía, 3 pesetas.


© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España